

Una elegía afortunada

La hoja errante, rígida, ocre, sube en una ráfaga hasta mi balcón y choca contra el cristal como un pájaro alucinado. Es el mensaje del otoño latente bajo un cielo de primavera, en la luz esplendorosa, en el aire todavía tibio de la tarde. Pronto, millares y millares de hojas secas rodarán por las calles,

yellow, and black, and pale, and hectic red,
pestilence-stricken multitudes,

como canta la oda de Shelley. Pero es otro poeta, un poeta menor, olvidado, casi desconocido después de haber alcanzado una hora de gloria y producido una generación de quejumbrosos, el que revive la hoja otoñal en mis recuerdos, mientras observo su danza fúnebre: Charles Huber Millevoye, el autor de **La chute des feuilles**.

Murió el poeta francés en 1816, a los treinta y cuatro años de edad, y en el anterior a su muerte, había reunido en un pequeño volumen sus composiciones dispersas (1). La pieza mencionada, ya famosa, encabezaba la colección de 24 elegías; pero su texto presenta allí una variante, explicada por el autor en la nota final del libro, y que la posteridad no ha respetado, pues se reproduce, en antologías y publicaciones similares, su forma primitiva, que es la siguiente:

La chute des feuilles

De la dépouille de nos bois
L'automne avait jonché la terre;
Le bocage était sans mystère,
Le rossignol était sans voix.
Triste, et mourant à son aurore,
Un jeune malade, à pas lents,
Parcourait une fois encore
Le bois cher à ses premiers ans:

(1) *Elégies, en trois livres, par Charles Millevoye*, París, 1815. Vol. in 12, de 190 páginas, impreso por Adrien Egron.

"Bois que j'aime! adieu... je succombe.
 Ton deuil m'avertit de mon sort;
 Et dans chaque feuille qui tombe
 Je vois un présage de mort.
 Fatale oracle d'Épidaure,
 Tu m'as dit: "Les feuilles des bois
 "A tes yeux jauniront encore;
 "Mais c'est pour la dernière fois.
 "L'éternel cypès se balance;
 "Déjà sur ta tête en silence
 "Il incline ses longs rameaux:
 "Ta jeunesse sera flétrie
 "Avant l'herbe de la prairie,
 "Avant le pampre des coteaux".
 Et je meurs! De leur froide haleine
 M'ont touché les sombres autants;
 Et j'ai vu, comme une ombre vaine,
 S'évanouir mon beau printemps.
 Tombe, tombe, feuille éphémère!
 Couvre, hélas! ce triste chemin,
 Cache au désespoir de ma mère
 La place où je serais demain.
 Mais si mon amante voilée
 Au détour de la sombre allée
 Venait pleurer quand le jour fuit,
 Eveille par un léger bruit
 Mon ombre un instant consolée".
 Il dit, s'éloigne... et, sans retour...
 La dernière feuille qui tombe
 A signalé son dernier jour.
 Sous le chêne on creusa sa tombe...
 Mais son amante ne vint pas
 Visiter la pierre isolée;
 Et le pâtre de la vallée
 Troubla seul du bruit de ses pas
 Le silence du mausolée (2).

(2) Léase ahora la nota final del libro, referente a la composición, que transcribo íntegramente:

"Cette pièce, plusieurs fois imprimée, finissait de la manière suivante:

Mais son amante ne vint pas
 Visiter la pierre isolée;
 Et le pâtre de la vallée
 Trouble seul du bruit de ses pas
 Le silence du mausolée.

Plus sévère, je me suis reproché de n'avoir amené qu'un simple pâtre au tombeau de l'infortuné jeune homme, qui, près de sa dernière heure, songeait d'avance au deuil de sa mère.

Hacia 1811, cuando escribiera Millevoye, la lírica francesa, continuación sin variante sensible de la del siglo fenecido, formula y estéril, anuñciaba, sin embargo, en levisimo estremecimiento, un soplo de transición. Aun malográndose contra altos muros de mármol neoclásico, el viento renovador que liegaba de la costa inglesa conseguía colar su aroma profano en el interior del templo hermético. Por otra parte, en la misma tierra del abate Delille habíanse levantado y se expandían, desde el campo de la prosa, voces que eran presagios de transformación inminente, como las de Mme. de Staël y Chateaubriand. Cual si hubiera congregado en su lira (la denominación es de rigor) la vibración tímida e indefinible aún del nuevo acento espiritual en la poesía del primer Imperio, Millevoye acertó a expresar en su "Caída de las hojas" la coincidencia doliente del bosque despojado con la agonía del joven tísico, como lo fuera él mismo. La muerte dió, poco después, entraña humana a su composición lacrimosa, a la que el autor debió su renombre, como lo reconocería Sainte-Beuve en sus *Portraits littéraires*, t. I, con estas palabras: "Cette pièce, que chacun sait par coeur et qui est l'expression délicieuse d'une mélancolie toujours sentie, suffit à sauver le nom poétique de Millevoye".

Nuestra América dió eco español a aquella queja, y el puñado de hojas marchitas arraigó en el verso de los poetas, desde el mar Caribe al Río de la Plata, como si hubiera sido un tronco de la floresta lamartiniana. El cantor de "El Niágara" — y traductor ecléctico de Arnault y de Ossian, de Lamartine y de Foscolo — vertió la pieza en un romance que don Juan María Gutiérrez recogió en su "América poética", pág. 330, Valparaíso, 1846, con esta nota al pie: "Traducido libremente del poeta francés Millevoye". También lo incorporó a su colección de "Poesías de la América meridional" (Leipzig, 1867), Anita J. de Wittstein, tomándolo — como a la mayoría de las composiciones del volumen — de la obra de Gutiérrez, pero sin reproducir su nota aclaratoria. Poseo yo un ejemplar corregido y anotado por el mismo doctor Gutiérrez, y a lo largo del margen de la página 86, que contiene el romance de José María Heredia, su lápiz escribió: "Imitación o más bien traducción de la composición del poeta francés Millevoi titulada *La chute des feuilles*". Y copió a continuación los dos primeros versos en francés.

En la última década del siglo, el poeta argentino D. Domingo D. Martinto tradujo del mismo modo, o sea en un romance, la afortunada elegía, que figura en la página 93 de sus "Poesías" (Buenos Aires, 1892). El prologuista, D. Calixto Oyuela, consideraba

Ce qu'il y a peut-être de plus élégiaque dans toute la pièce, est maintenant renfermé dans le dernier vers:

Et son amant ne vint pas",

“perfecta” la traducción y “superior a la misma del insigne poeta y humanista colombiano Miguel A. Caro”. Júzguela el lector:

Con los despojos del bosque
 Cubrió el otoño la tierra;
 Los ruiseñores no cantan,
 No hay misterios en la selva.
 Enfermo y triste, en su aurora,
 Un joven, con marcha lenta,
 Vaga errante por el bosque
 Que adoró en su edad primera.

“¡Adiós! ¡Oh, bosque querido!
 “¡Yo sucumbo! Me revelas
 “Cuál será mi fin aciago
 “Con tu profunda tristeza,
 “Y hay un presagio de muerte
 “En cada hoja que rueda.
 “¡De Epidauro cruel oráculo!
 “Me dijiste: “amarillentas
 “Has de ver aún las hojas,
 “Y será por vez postrera.
 “Los cipreses te circundan,
 “Y hacia la fosa entreabierta,
 “Más que el mismo otoño pálido,
 “El cuerpo inclinas, sin fuerzas.
 “Estarán tus pobres días
 “Mustios antes que las hierbas
 “De los prados; que las vides
 “De las plácidas laderas”.
 “¡Y muero! El cierzo de otoño
 “Heló la sangre en mis venas,
 “Y como humo disipada,
 “Vi mi dulce primavera.
 “¡Caed, efímeras hojas!
 “¡Velad a todos mi senda!
 “¡Ocultad piadosamente
 “De mi madre a la honda pena
 “El lugar donde mañana,
 “Olvidado y solo, duerma!
 “Pero si viene mi amante
 “A llorar cuando el sol muera,
 “Despertad con leve ruido
 “Mi sombra, ya satisfecha”.

Dice y parte... ¡y para siempre!
La postrer hoja que rueda
De la rama desprendida,
Marcó el fin de su existencia.
Bajo la encina cavarón
Su sepultura modesta;
Pero, infiel, su amante nunca
Visitó la aislada piedra,
Y solamente interrumpe
El pastor de las praderas
Con el ruido de sus pasos
El silencio de la huesa.

No hay duda que el llanto de las hojas estaba aún lejos de conquistar las tuberías del órgano romántico en las basílicas poéticas del otoño. Complicado con la melancolía humana o exaltado en la loa a la recolección frutal, aquel tema favorito de todas las escuelas recorrió el teclado secular. Y de esa inmensa orquestación adelántase y me visita hoy la voz humilde y distante que revive en la hoja muerta de mi cristal...

Rafael Alberto Arrieta.